



SIN ATADURAS. Pese a la severa enfermedad que padecía, Carlos Alvarado procuró realizar una vida normal. Aquí en su huerta, en el patio de su casa en Montellimar de Guadalupe.

“Mañana te veo, condenillo”

● *Su madre no pensó que iba tan grave*

YURI LORENA JIMENEZ
Redactora de La Nación

En medio de sus lágrimas de madre, doña Mercedes Reyes tuvo que hacer “de tripas chorizo”, como ella misma dijo, para hablar sobre los últimos momentos que compartió con su hijo, el domingo pasado.

“Yo no podría decir nada más de lo que han dicho; él era una persona tan buena, no es porque esté muerto: era buen hijo, buen hermano, buen tío... pero se había metido a la tal política y eso lo llevó a la tumba”, dijo ayer doña Mercedes entre sollozos.

Contó que el domingo en la tarde ella lo dejó en la ambulancia junto a su esposa, cuando lo iban a trasladar de Cañas a Puntarenas. “Algo le hicieron en la clínica de aquí, yo vi que iba mejor. Hasta me regañó porque yo estaba reclamándole a la muchacha de la Cruz Roja que decía que él iba con un derrame. Me dijo: ‘Mami, ya estoy bien’ y yo le contesté: ‘¡Es capaz que mañana venís, condenillo!’ (...) Así nos despedimos. Por eso me tomó tan de sorpresa cuando me avisaron, al ratito, que no había ni llegado al hospital.

“Siempre me decía que yo era su sostén, jera un gran brocha conmigo! (...). Yo deseaba andar con la cara en el suelo, con tal de no verlo caminando allá por la época en que se puso más mal. Todos mis hijos son maravillosos, pero ahora se me fue el que era los ojos de mi cara (...).”

Los sollozos interrumpieron la entrevista, pero, aún así, la valiente señora agradeció la oportunidad de ofrecer un homenaje póstumo público a su hijo.

Sus últimas horas

Carlos Méndez, uno de sus mejores amigos y luchador conjunto de muchas batallas, afirmó que el viernes a las 9 de la noche salieron de gira con el fin de realizar proselitismo el fin de semana en Guanacaste.

Al igual que los médicos, familiares y amigos cercanos, Méndez se había cansado de advertirle a Carlos

que no debía llevar un ritmo de vida tan agitado.

Sin embargo, apuntó que Alvarado siempre le contestaba que mucha gente en Guanacaste tenía la fe puesta en él, y que no podía defraudarlos.

El sábado cumplieron un apretado programa de visitas en Liberia, Nicoya, Santa Cruz y Nosara.

El calor era asfixiante y, a las siete de la noche, Carlos se veía muy fatigado. En todo caso, cuenta su amigo, cada día que pasaba era evidente que la salud del excorredor desmejoraba.

“Como no hacía caso, tratábamos de coordinar que no tuviera mucha fatiga en sus giras, que no se expusiera mucho al sol y pasábamos casi en ayuno con tal de no comer en frente de él, para no provocarle deseos que no podía satisfacer”, recordó Méndez.

El domingo en la mañana los planes comenzaron a desboronarse cuando la inquebrantable voluntad del corredor cedió al cansancio: habían planeado ir a misa a primera hora y luego seguir con el plan de visitas, pero, en vez de ello, tuvieron que acondicionar una oficina con una cama en el primer piso del hotel El Corral, en Cañas, y que es propiedad de los papás de Carlos.

Ahí, en una dramática lucha contra sí mismo, Carlos atendió visitas de partidarios y amigos hasta la una de la tarde.

Fue cuando comenzó su crisis. Aún así, dijo Méndez, Carlos continuaba haciendo planes para esta semana, en la cual “había que trabajar muy fuerte”.

“Yo lo veía mal, pero me confundía oírlo entusiasmado, diciendo que el lunes iba a diálisis y que eso lo recuperaría”, narró su amigo.

Y es que no era la primera vez que tenían que afrontar una situación de este tipo con él: el 2 de enero, en el Hospital México, sufrió una crisis de tal magnitud que hubo que administrarle los santos óleos.

Pero como otras veces, logró salir adelante... al menos hasta este domingo.

A las cinco de la tarde fue trasladado de emergencia en una ambulancia de la Cruz Roja al hospital Monseñor Sanabria, pero Carlos Alvarado murió, en los brazos de su esposa, minutos antes de llegar al centro médico.

El sprint final

● *Alvarado será velado hoy en Cañas y mañana será su funeral*

**SANDRA ZUMBADO, YURI JIMENEZ
Y JOSE EDO. MORA**
Redactores de La Nación

La muerte lo sorprendió en plena lucha. Cuando procuraba escapar a sus garras. Cuando soñaba con ser diputado. Cuando quería vencer a la angustia...

Diciembre de 1996 representó el primer alto en el camino. El dictamen médico era contundente. Carlos Alvarado padecía de glomérulo esclerótico focal y segmentaria, mal que afecta el proceso inmunológico del riñón, con riesgo, incluso, de destruirlo. Ello provoca una obstrucción en el proceso normal de la orina, hace que se pierda mucha proteína en ella y determina que el agua de los riñones se traslade al flujo sanguíneo, con lo que se genera una especie de envenenamiento.

El domingo 25 de enero de 1998, en una ambulancia de Cañas —su tierra natal—, murió rumbo a Puntarenas, cuando intentaba derrotar a la muerte.

Falleció en los brazos de su esposa Nelly Rossi. En el hospital Monseñor Sanabria, del Puerto, a las 10 p.m., recibieron su cuerpo sin vida.

El cuerpo de Alvarado será velado hoy en Cañas y mañana se realizará su funeral en la tierra de sus amores.

En el mundo del ciclismo, Alvarado marcó su época, con su capacidad suicida para bajar, con su deseo, siempre, de ser el primero cada vez que saltaba al asfalto.

Alvarado era alto. Astuto en el pelotón. Sencillo. Luchador. Un enamorado del ciclismo.

Pese a su enfermedad, que lo obligaba a que le practicaran una hemodiálisis cada tres días —el tratamiento consiste en purificar la sangre, debido a que el cuerpo acumula mucha agua—, Alvarado dirigió al equipo de Ciudad Neily en la última Vuelta a Costa Rica, dedicada a él.

En el ciclismo escaló altos peldaños. Ganó en 1977 la Vuelta a Costa Rica. Triunfó en Puerto Rico —1980 y 1981— en Nicaragua —1981—, en Jamaica —1982— y fue declarado, en 1979, el atleta más destacado de Centroamérica.

A la par de sus galardones, el ciclista acumuló amistades, por su don de gentes.

Sus raíces

El cantón de Cañas, en Guanacaste, fue su referente. Ahí doña Mercedes Reyes y don Mauricio Alvarado alimentaron su ilusión de ser ciclista. Ellos, en los inicios, fueron sus entrenadores, sus mecánicos, sus asistentes, sus delegados. Su soporte.

Por los azares del destino, Alvarado nació en Los Angeles, Estados Unidos, el 8 de agosto de 1954.

La mayoría de los conocedores del ciclismo nacional, hablan de un antes y un después de Alvarado. Esa es la tesis que priva en el libro *21 años de la Vuelta Ciclista a Costa Rica*, de Parmenio Medina Pérez.

“El común denominador del ciclismo nacional está definido así: antes y después de Soto —José Manuel—; y cabe agregar: antes y después de Alvarado! Carlos Alvarado Reyes surgió, emergió, como otro “gigante” en 1973.

Rústico en sus inicios, pedaleaba feo, incómodamente montaba a la bici. Pero al verlo, con su figura y una fuerza casi bruta había que decir y en voz alta “ese mamulón será un gran corredor”. ¡Y lo fue!

El domingo de su muerte, curiosa-

mente, se encontraba en Cañas como parte de su estrategia política. El era candidato a diputado por el Partido Independiente y hacía planes para defender los intereses de los guanacastecos.

Su afán de coronar sus deseos de llegar a la Asamblea Legislativa lo inducían a trabajar con una agenda diaria sumamente desgastante, a pesar de que Manuel Cerdas Calderón —su médico— estimaba que no debía exponerse a tanto esfuerzo.

Sobre la muerte de Alvarado, Cerdas dijo: “Falleció de un edema agudo de pulmón. Murió en el sitio equivocado —ambulancia— y en el momento equivocado.”

Para comienzos de febrero, a Alvarado le iban a realizar un transplante de riñón. Nelly, su cónyuge, le iba a donar uno de sus riñones.

Alvarado tenía una enorme fe de que iba a superar la carrera más difícil de su vida, pero por aquello de las sorpresas ingratas pensaba en un amanecer truncado.

“Yo no le temo a la muerte. Cuando estuve más mal, en noviembre, llegué a sentir una gran tranquilidad y en ningún momento me desesperé. Si hay algo que a mí me deja tranquilo, es saber que mis hijos van enrumados a ser gente de bien, son muy estudiosos y obedientes: todo lo que un padre puede desear”, dijo Alvarado en su última entrevista con este diario.

La enfermedad debió modificar, por completo, su vida, dado que tenía que someterse a una estricta dieta, a las hemodiálisis cada tres días y a un esfuerzo menor al que acostumbraba a hacer; él, sin embargo, quería domar a la vida como lo hizo durante más de 15 años.

La muerte, no obstante, le ganó el embalaje final el domingo pasado, cuando procuraba escapar a sus garras, cuando soñaba con ser diputado, cuando quería vencer a la angustia.